

Los Uren y el oscuro secreto de los Adels

Laura
Repetto



Novela fantástica_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Los Uren y el oscuro secreto de los Adels

Laura
Repetto



Novela fantástica_

EL GUARDIÁN LITERARIO

*A Camilo
y sus preguntas.
Por mostrarme el poder
de enfrentar lo incómodo.*

*Con amor,
en este y en todos los mundos.*



Nunca hubiera imaginado llegar a este punto. Ellos tampoco.

La fila de gente marchando es ancha y larga. Ya no queda nadie en Helvet. Hay hombres y mujeres adultos, sobre todo, muy pocos ancianos y algunos niños. Dejan atrás una pequeña estela de polvo y desde lo alto de la colina se puede oír el lejano bullicio.

Mete una mano en el bolsillo de la chaqueta para asegurarse que su pequeño tesoro siga allí. Es una de las pocas cosas que se lleva. Recuerda con exactitud el instante en el que llegó a sus manos un libro de un tal Epícteto. Un filósofo griego que fue esclavo en Roma la mayor parte de su vida. Encontró el libro por casualidad en el basural mientras buscaba restos que pudieran ser útiles. Un párrafo en especial la impactó profundamente cuando lo leyó, tanto, que lo desgarró del libro, lo guardó y fue su compañero por años: “Engrandecerás a tu pueblo, no elevando los tejados de sus viviendas, sino las almas de sus habitantes”. Lo tomó como un mantra y lo repetía con frecuencia.

Es otoño y el ambiente está teñido de ámbar. Mira sus botas hundidas en el colchón de hojas amarillas y revive el placer de tirarse y agitar las manos y los pies para dejar una imagen dibujada en la ausencia de las hojas muertas.

Inspira profundo, retiene el aire unos segundos y baja corriendo para unirse al grupo. La ciudad despertará en un par de horas y el sol empieza a asomar.

No, nadie puede imaginar lo que va a suceder.



El ruido de la gotera sobre el balde de latón no la deja dormir. A pesar del fastidio se pregunta cómo puede ser tan perfectamente rítmica. Cada siete segundos cae una maldita gota. Cuando cubre su cabeza con las frazadas para atenuar el frío, el sonido parece más lejano y siente cierto alivio. Pero cada tanto se sofoca, se destapa hasta la nariz para renovar el aire y el repiqueteo vuelve amplificado. Mira de reojo el despertador y maldice: quedan veinte minutos de descanso. No pasó una buena noche. El frío y la gotera la despertaron cada vez que lo-graba dormirse. Mira la salamandra vacía: esta semana el dinero no alcanzó para la leña.

Se levanta de un salto, no tiene sentido agonizar deseando un poco más de tiempo en la cama. Recoge una de las mantas y la pone sobre sus hombros mientras camina hacia la mesita alta de madera. Vuelca una parte del agua del aguamanil en un vaso y el resto en la jofaina. Toma una pastilla de jabón de lavanda y hunde las manos en el agua helada, se lava rápido. Cepilla sus dientes y se detiene unos segundos: ve su reflejo, la cara

partida al medio con el costado derecho distorsionado hacia abajo. Piensa con ironía que quizás un espejo partido y viejo como este, fuera la fuente de inspiración para algunas obras de Picasso. Aunque su vida dista mucho de la de aquel genio que tanto la intrigaba cuando hojeaba los libros de arte junto a la abuela Celestine. Se permite por unos segundos darle espacio a una ráfaga de angustia y se pregunta si eso es vivir.

Basta con tomar un día cualquiera y multiplicarlo hasta el infinito para tener una muestra. No es que sea una esclava, como esos que cuentan los libros de historia que lee por las noches a pesar del cansancio. A esos esclavos los tomaban por la fuerza, tenían dueño, podían comprarlos o venderlos como si fueran mercancía, no tenían derechos y su vida estaba dedicada a trabajar de sol a sol. No es ese tipo de esclava. Pero trabaja entre doce y catorce horas diarias para tener algún dinero que le permite apenas sobrevivir. Los de su clase, los Uren, tienen derechos, por supuesto. Sólo se complica un poco a la hora de reclamarlos. No hay ley que les prive estudiar. Simplemente, si estudian, no comen.

A pesar de la gran pobreza, sus padres le dejaron el mejor legado: María le enseñó a leer y escribir; Sacristán, a cuestionar todo, a pensar profundo. De alguna forma ella conoció el mundo y a los hombres que lo habitan leyendo lo que los del otro lado de la colina tiran.

Su casilla es una bendición, aunque en invierno hace de heladera y en verano de horno, le brinda algo de privacidad. Otros más desgraciados duermen a la

intemperie con un cartón como cama y papel periódico para taparse. Esta casilla perteneció a sus abuelos y luego a sus padres, todos muertos como consecuencia de la gran epidemia. Se la ve miserable, pero está impregnada de historia familiar en cada rincón: el más cálido es la pequeña biblioteca llena de antiguos volúmenes de hojas gastadas de tanto leerlos, el silloncito de pana que alguna vez fue verde rescatado del basural con la manta tejida de lana gris esperando para cobijarla y acompañarla en las noches de lectura, a la luz del viejo farol de aceite que cuelga del techo. Nunca lo intentó, pero le hubiera gustado darle una alegría a la abuela Celestine aprendiendo a tejer, aunque sea una bufanda, pero no era paciente en absoluto: prefiere, si tiene algún tiempo, hacer cosas que tuvieran inicio y fin el mismo día.

En otro rincón, cerca del pequeño armario fabricado por Sacristán donde guarda su poca y austera ropa, colocó un estante, casi un altar por lo sagrado de los objetos que lo habitan: una petaca de metal forrada en un cuero ajado y reseco con restos de agua ardiente y el nombre de su bisabuelo, al que no llegó a conocer, grabado a mano: Christoph. El cubilete con dados de hueso del abuelo, que tenían la particularidad de tener los puntos que representan los números levemente hacia afuera para poder sentirlos con los dedos. El abuelo quedó casi ciego por cataratas cerca de los cincuenta años. Él mismo los fabricó con lo poco que le quedaba de visión un tiempo antes. Jugaban ocasionalmente los sábados y se divertían juntos. Pero lo mejor era consultarle sobre el

futuro: con largos dedos de sabio sacaba los dados del cubilete, los echaba al aire y en medio de quién sabe qué conjuro que pronunciaba en voz baja escogía uno y muy solemne anunciaba la suerte según el número que había salido. Comenzó haciéndolo para la familia, pero poco tiempo después lo visitaban curiosos y desahuciados esperando su vaticinio. Atesora también una escueta colección de campanas de cerámica que fue completando con los años la abuela y un pequeño incensario de piedra con forma de cubo de sus papás.

Tiene que salir en unos minutos para no perder el tren. Cierra hasta el cuello el overol gris, se pone botas y un poncho negro que abriga lo suficiente. Para hacer pis debería salir a la letrina. Lo piensa un poco, no tiene tantas ganas. Capaz, llegue al baño del trabajo. Un recuerdo se le cruza y tuerce la boca en una especie de sonrisa: alrededor de los cinco años, temía que cuando el frío era intenso, el pis se congelara mientras salía y quedar sentada sobre una roca alta y amarilla sin saber cómo bajar.

Toma una infusión caliente de romero y manzanilla, receta de la abuela para empezar el día con energía y chequea cómo está el tiempo mirando por el agujero en la chapa que se cree ventana. Aún no amanece y la lluvia se vuelve más tenue. Cierra los puños con enojo: seguramente las calles serán un lodazal. ¿Por qué no podían ser empedradas como las del otro lado?, piensa. Ve el perfil de la colina que se eleva bien definido en el paisaje. Las colinas de Veggen cubiertas de bosques de *ginkgo*, en esta

época desnudos y soportando algo de nieve en sus ramas, funcionan como el muro que divide, sin quererlo, dos realidades. La de los Uren y la de los Adels.

Sale y deja la casilla que la esperará de regreso por la noche. Camina por la calle siete. Sube la capucha del poncho buscando algo de calor y esconde las manos en los bolsillos. Sus pies se hunden en el barro y bufa con fastidio lanzando una bocanada de vapor. Con el abuelo al lado contando historias y jugando a fumar la pipa, ese humo de agua tenía otro encanto. El chasquido de sus botas despegándose del barro a cada paso corta el silencio. Una llovizna gris desdibuja los perfiles de las casuchas. El límite entre el cielo y el suelo es confuso, dando a los caminantes la sensación de estar en el purgatorio. Lo único que se distingue a la distancia son los chapones con números que cuelgan de los frentes de las casas de las esquinas, dando un orden a las callejuelas en un intento fallido de urbanización. Ve cómo las luces mortecinas de las casas se van apagando y nuevas sombras salen de ellas mientras bajan por la pendiente; pronto el grupo se hace enorme y se transforma en una especie de masa parduzca que fluye como un río hacia la estación. Caminan en silencio. La marcha de cientos de botas en el barro es hipnótica y rítmica. Escucha el silbato del guarda anunciando la partida. Suben al tren que los lleva del otro lado de la colina, intentan ser amables unos con otros, pero son tantos que el ingreso resulta tedioso. Hay un olor intenso y rancio, una mezcla de ropa

húmeda, sudor y leña quemada. Entre empujones termina apretada cerca de una ventanilla. Observa cómo las gotas de lluvia distorsionan de formas caprichosas el paisaje a través del vidrio y recuerda cómo, cuando era pequeña, creía que realmente lo que cambiaba era el paisaje. Matorrales que mutaban a monstruos de caras amorfas, nubes que bajaban a la tierra transformadas en castillos o miles de caras variopintas acercándose al cristal. Fue una de las partes feas de hacerse adulta, el perder la magia de las formas inciertas.

En medio de la oscuridad cruzan el túnel que atraviesa la colina. Cuando el tren sale a la luz nuevamente, se detiene y ella baja empujada por la marea humana.

De este lado el aire es más liviano y huele a tierra mojada. El gris plomo del cielo encapotado realza los verdes y amarillos de los pastizales de las campiñas. La cara de la colina que da a la ciudad, si bien es pedregosa y escarpada, está poblada de bosques que llegan hasta la cima. Es una ciudad pequeña, perfectamente organizada y pulcra en la zona de la bajada de la pendiente. Más allá hay extensos campos donde se cultivan todo tipo de frutas, hortalizas, hierbas y especias, ordenados en cuatro parcelas, una para cada estación del año. Y casi al final de los campos, llegando al valle, una enorme parcela para cuidar el ganado. Piensa que ya debería acostumbrarse, pero entrar a un paraíso del que no puede disfrutar, es algo que la indigna cada día.

Camina unos diez minutos por las veredas de piedra blanca, ensuciándolas con el lodo de sus botas con

cierto placer. Le gusta el perfume a tostadas y café que sale de las casas. Su amiga, Kristen, había probado un poco de café que robó mientras trabajaba y le contó que era amargo, pero interesante. No hay Adels en la calle. Salen de sus casas luego del horario en el que los Uren ingresan a sus puestos. Llega a un antiguo y elegante edificio, pero debe rodearlo para ingresar. Baja una escalera que la conduce a un pasillo largo y estrecho hasta un vestíbulo con cambiadores donde deja su poncho y las botas sucias para reemplazarlos por una bata gris, una cofia y unos esarpines descartables.

Trabaja allí desde los doce años, edad en la que todo niño Uren aprende su oficio. Sube por una escalera de mármol con los escalones gastados por el ir y venir de pisadas resignadas. Se toma algunos segundos con la mano ya en el picaporte antes de entrar en un intento por demorar lo inevitable. Hoy la esperan tres mujeres. Están recostadas en camillas angostas formando una hilera simétrica. Raro. Por lo general son varones, que le llevan menos trabajo. Va a ser un día largo. Camina hacia la primera en la fila, la observa con cuidado: cabello rubio, piel pálida, tendrá unos cincuenta años a juzgar por el estado de su piel. Se sienta y acerca la mesita de madera con ruedas, selecciona los colores adecuados: para la piel una base con treinta por ciento de *beige* y diez de rosa pálido, para los ojos sombra tostada clara y finalmente un tono durazno para los labios. Según le indican en la planilla con la orden de trabajo, la mujer debe lucir lo más fresca posible. Maquillar a los muertos

es su destino y su condena. Es lo que hizo su familia generación tras generación. La primera que maquilló a los muertos fue su bisabuela Helga. Tenía un don especial para la pintura y lograba maravillas transformando rostros inertes en plácidos soñadores. En su familia llevaban el arte en los genes y se les daba naturalmente hacerlo bien. Ninguno disfrutó de su trabajo, pero lo hacían con dedicación. Es lo que les correspondía.

Dentro de la cadena de los Uren trabajadores para la muerte hay quienes trasladan los cadáveres, los que limpian el lugar en caso de muerte violenta y los que los lavan y visten. También maquilladores, los que preparan el espacio para llorarlos, los que atienden a los familiares del difunto sirviendo café o algún refrigerio. Sepultureros, cremadores, cuidadores de tumbas y constructores de lápidas.

Nunca entendió el empeño que ponen los Adels en preservar los cuerpos. Como si la persona siguiera viva en ese cuerpo de alguna manera. Prepararlos para que luzcan bien cuando los velan, guardarlos en cajones costosos con madera de excelente calidad, muchas veces adornada con metales repujados, enterrarlos en parcelas de tierra que los engulle con aparente dignidad. Ofrecer homenajes al año, a los cinco años, a los diez, los veinticinco y los cincuenta. Como si el muerto lo sintiera o lo pudiera ver. ¡Para los Uren es tanto más simple! El cuerpo es un envase que ya no sirve cuando deja de funcionar. Descartarlo de la manera más rápida y efectiva es lo lógico, ocuparse del alma es lo importante: los cuerpos

se queman y sus cenizas van al agua del río. El mayor homenaje es reunirse y hablar sobre sus defectos y virtudes en esta vida, en voz alta, para que el espíritu logre algo más de conciencia y sepa cuándo y cómo volver a ocupar otro cuerpo donde aprender.

Para los Adels todas las actividades o trabajos relacionados con la muerte y los desechos son impuros. Cualquiera que viva de una actividad impura está condenado al ostracismo social. No es parte. Para eso están los Uren.

De esa forma, las familias cuyos ancestros se dedicaron a tan baja actividad ya no tienen posibilidad alguna.

Todos llevan la palabra Uren en los apellidos. Uren quiere decir impuro. La primera parte de sus apellidos tiene el nombre del primer ancestro de cada familia.

Su nombre es Ninna Cristophuren.

III

Hace frío y no hay nadie en las calles. Camina por un largo callejón. Al final puede ver un brillo de luz amarillenta a través de las ventanas pequeñas y circulares. La noche es cerrada y parecen flotar en el aire. Sólo se oye el sonido del viento pasar entre rendijas o vidrios rotos. Otros, inspirados por el temor, verían formas inexistentes o espíritus. Ella, sin embargo, se siente en paz, como si nadara en un vacío sereno. Disfruta de ese momento de soledad donde los pensamientos vagan a su antojo sin enterarse que son suyos. Ninna llega al comedor comunitario más tarde de lo habitual. Muchos giran para saludarla con un gesto cuando la ven entrar. El calor humano y el bullicio la sacan del sopor. Está repleto, como todas las noches. Los de su grupo ya cenaron. El día, como había previsto, fue largo y agotador. Las tres mujeres le llevaron tanto tiempo que el varón quedó para su compañera de la guardia nocturna.

—¡Ninna, Ninna! Viniste —grita unos de los nenes, que corre hacia ella y abraza sus piernas a modo de saludo.

—Parece que alguien cenó muy bien, cuánta fuerza Jacob —exclama Ninna y lo alza respondiendo el abrazo— ¿Dónde está Kristen? Vamos a buscarla.

—¡Ahí!, ¡ahí! —señala Jacob con el dedo meñique—, ¿La ves?

Busca a su amiga entre los cientos de overoles grises y la encuentra haciéndole señas exageradas desde una esquina. Ve que guardó un lugar a su lado y le reservó un plato de comida.

Kristen trabaja sirviendo café en los velorios. Es otra trabajadora para la muerte. Todos en esa mesa lo son. Hay una muy grande para los trabajadores de la carne: criadores, arreadores, matadores, cortadores, vendedores, achureros. En otra mesa comparten las familias de recolectores de residuos y recicladores. Las hay también de limpiadores de cloacas, de casas, de chimeneas.

La mayoría viste de gris y negro. No se distingue qué actividad hace cada grupo salvo por las botas: negras para los trabajadores de la muerte, bordó para los de la carne, verde para recolectores y recicladores, marrón para los que trabajan en cloacas y chimeneas y azul para los de la limpieza.

Ninna se sienta con Jacob a su lado mientras acomoda sobre su falda a una nena de alrededor de tres años que también viene a saludarla.

—Hoy no hay carne, pero el pan está tierno —dice Kristen optimista.

—No me extraña —dice Ninna comiendo con desgano—, no me molestaría para nada comer todos los

días lo que nos dan los Adels en el Ritual del Fin de la Guerra.

—Supongo que a nadie le molestaría —responde Kristen—. Tendrías que mirar el lado bueno de las cosas, me contaron que los trabajadores de la carne prometieron conseguir patos y codornices para la fiesta del Nuevo Año.

—Muero de felicidad.

Ninna parte el bollo de pan y le da un trozo a cada nene.

—Pero nosotros ya comimos Ninna —dice Jacob.

—¿Y no quieren un poquito más? Mejor. ¡Me lo como yo!

—¡Sí, los queremos! —gritan, toma cada uno su pancito y salen corriendo.

—Es un chiste de mal gusto Kristen, darnos como limosna una vez al año lo que para ellos es pan de todos los días es un asco. Encima hay que estar agradecidos. Mientras, nuestra comida es esta porquería.

—Me acuerdo de las frutas y se me hace agua la boca.

Los Uren no tienen mucho para elegir: un mejunje de quinoa con semillas y un bollo de pan. A veces se puede alternar entre algunas carnes según la época del año: diferentes aves (lagópodos, piquituertos y arrendajos son los más tiernos; los cuervos también, pero no pueden comerlos, es sabido que algunas almas encarnan en ellos) y ratas, sobre todo. Las favoritas. Los que probaron cordero alguna vez, aseguran que la carne de rata es igual de deliciosa. Verduras muy pocas veces: papas, nabos, calabazas y zanahorias.

Ya hace varios años que los Uren improvisaron el espacio común, uniendo viejos *containers* y reciclando los desperdicios de los del otro lado de la colina.

El lugar es grande y a pesar de la precariedad de los materiales guarda calidez. Muchas lámparas de *kerosene* iluminan y contrastan con el óxido de las paredes metálicas. Mesas largas de madera llenas de gente que a pesar del cansancio sonríen y, de piso a techo y de lado a lado de una de las caras del largo rectángulo, hay estantes de madera mustia llenos de libros de aspecto desgastado.

No todos los Uren están ahí. Algunos piensan que es una pérdida de tiempo y no tienen intención de compartir lo poco que poseen. Ven al grupo de los *containers* como una provocación a la buena voluntad de los Adels. ¿Qué represalias tomarían los Adels si conocieran las intenciones secretas de este grupo?, piensan.

—Mejor que te apures, nos están esperando —señala Kristen.

Ninna mira hacia el mesón donde la espera un grupo grande y bullicioso de adultos y chicos. Luego mira hacia el techo. Está cubierto por redes con miles de tiritas de tela rotosa colgadas. Cada tela guarda un deseo o un pensamiento escrito. Hay deseos muy antiguos en retazos desteñidos, casi transparentes por el paso del tiempo: “morir para nacer”, “poder hacer lo que no deseo hacer”, “arar para sembrar”. Los deseos más nuevos resaltan con palabras oscuras sobre telas aún rígidas. Viejos o nuevos los retazos son de ropa. Ninna recuerda

el impacto cuando le consultó al abuelo por qué usaban retazos de ropa y no de sábanas: “esta ropa, Ninna, visitó un cuerpo que ya no está. En algún momento nuestra ropa va a estar ahí colgada, en pedazos, con la única función de recordarnos que nada es eterno. Ni siquiera los deseos”.

—Ninna, te hablé —Kristen la saca de sus pensamientos.

—Sí, ya terminé. Andá yendo. Voy a buscar un poco más de tela, la que veo en el mesón es poca.

Hay un momento en la noche, una vez por semana, que los que saben escribir se sientan en una mesa y trasladan con un carboncillo los deseos de los que aún son analfabetos y esperan que esa especie de magos plasmen en el pedacito de tela sus palabras. Es sabido que al escribirlas las chances de que se cumplan aumentan. Así como un trato se sella escupiendo las manos antes de estrecharlas o agarrarse las cabezas y chocar las frentes le pasa algo de energía al desvalido.

Ninna regresa con más telas para sentarse junto a sus compañeros en el mesón. Kristen dejó el lugar al lado de Marcus estratégicamente libre: no se cansa de buscarle novio. Y Marcus le parece el mejor candidato. En realidad, muchas chicas lo ven así. Ninna le da un choque de puños dejándolo a medio parar y descolocado. Ese saludo es normal entre varones. Para ella un beso todos los días es innecesario. Otro choque de puños para Stephan y están listos para empezar. Está agotada, pero esto es una de las cosas que más disfruta de sus días.

Escucha con atención. Escribe lo que le dictan y piensa en cómo se puede conocer a una persona a través de sus deseos. Lamenta que la mayoría pida soluciones mágicas. Hace una nota mental para hablar sobre eso en alguna de las reuniones: tratará de ayudarles a ver que es mejor pedir las herramientas y encontrar uno la solución. Terminan de escribir los últimos deseos y Ninna escribe el suyo antes que los cuelguen: “que se despierte en todos la curiosidad y la voluntad de trabajar por lo que quieren”.

Kristen lee el deseo de Ninna y se burla —¡Siempre tan seria vos!— le grita mientras se aleja para colgarlos —podrías desear algo mejor, como conseguirte un novio.

Ninna ríe. Se da vuelta hacia donde está Marcus. Él la observa y, lejos de disimular, la sigue mirando. Ella le devuelve una sonrisa tranquila. Es su amigo. Si tuviera que elegir a alguien Marcus sería el indicado. Le resulta muy atractivo y le gusta su personalidad. Pero muy en el fondo y en secreto fantasea con un amor como el de Tristán e Isolda o Helena y Paris. Y en su grupo nadie está ni cerca de encender esa pasión.

Se dirige al rincón más iluminado donde corretean y charlan los “puro ojos”, los chiquitos del grupo, que cada vez son menos con el paso de los años. Algunos Uren que aún tienen esperanzas siguen teniendo niños. Pero para la mayoría que es consciente que los Adels necesitan tener muchos Uren que hagan los trabajos impuros, la decisión de no tener hijos es su cuota de rebeldía, sobre todo luego de la gran epidemia que barrió

con una buena porción de la población. Ninna reúne a los más grandes para que participen de la reunión que se hará en un rato.

Ella y la gran mayoría de los trabajadores anhelan derribar la barrera de injusticia y tener el derecho, por fin, de hacer los trabajos que hacen los Adels.

Es la primera generación de revolucionarios. No sólo desean. Lograron organizarse, armar con esfuerzo el espacio comunitario donde comer no es lo más importante: los pocos que, como Ninna, saben leer y escribir, le enseñan al resto durante las noches. Juntos leen los viejos libros y debaten las nuevas ideas.

Un rato más tarde, Ninna lee y comparte en voz alta el último párrafo del día de su querido Epícteto:

—Si no entienden, pregunten, no se queden con dudas —advierte antes de comenzar.

La nobleza del hombre procede de la virtud, no del nacimiento: valgo más que tú porque mi padre fue cónsul y además soy tribuno, y tú no eres nada.

—¿Qué son un cónsul y un tribuno? —interrumpió un pelirrojo de unos quince años.

—¿Alguien le puede contestar a Ross? —dice Ninna buscando con la mirada dentro del grupo.

Una de las chicas responde tímida.

—Son de la época del Imperio Romano.

—Sí, eran personas que tenían roles poderosos en el gobierno. Es como si dijéramos ahora que el Jefe Mayor de los Adels vale más que cualquiera de nosotros —siguió Ninna.

—¿Y no es así? —preguntó con una sonrisa triste el pelirrojo.

—No, no es así. Nunca olvides eso. Nunca lo olviden. Continuó leyendo:

Vanas palabras, amigo. Si fuésemos dos caballos y me dijeses: mi padre fue el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses, te contestaría: lo creo, pero corramos juntos.

—Ah, ya veo por dónde viene la cosa— dice una de las chicas más grandes, orgullosa por entender a Ninna.

—¡Yo no! —rezonga un chiquito—. Hablaba de personas importantes y ahora de caballos, es un lío.

Algunos ríen, Ninna también y sigue con el relato:

¿No hay, asimismo, en el hombre algo que le es propio —como al caballo la velocidad—, algo por lo cual se conoce su calidad y se estima su verdadero valer? ¿Este algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia?... Muéstrame, pues, la ventaja que en todo esto me llevas, hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices, sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envanece de cualidades propias de un asno o de un caballo, pero no de un hombre.

—¿Alguien se anima a explicar lo que entendió?

Se miran entre ellos, los más chicos con risitas nerviosas, los más grandes pensativos algunos, avergonzados por no entender del todo otros.

El pelirrojo se anima a pesar del silencio.

—Creo que dice o quiere decir que no nos hace importantes lo que tenemos sino lo que somos.

—Excelente Ross. En pocas palabras eso es lo que Epícteto nos dice. Ahora pensemos: Los Adels tienen poder, tienen tierras y casas y ropa y comidas exquisitas. Poseen bienes que nosotros no poseemos. ¿Eso los hace mejores? ¿no ríen o lloran como nosotros? ¿no mueren como nosotros? ¿no tienen enfermedades como nosotros? ¿no sienten pena, alegría? Ellos no son más que nosotros. Tampoco nosotros más que ellos. Pero necesitamos, sí, tener igualdad de condiciones.

Marcus comienza un aplauso y algunos lo siguen. Antes de que se haga general, Ninna le da un codazo a modo de reto. Marcus la mira orgulloso. Algunos entre risas se paran y preparan para irse. Otro grupo sigue sentado.

Cierra el libro. Mira hacia arriba y suspira. Cuando baja la vista varios la observan, como siempre. En sus miradas puede percibir quiénes entendieron. Por suerte son cada vez más los ojos que brillan luego de las lecturas. Son para ella como pequeños renacimientos de espíritus adormecidos. Nuevos fuegos se encienden.

